

ra. El patrón además halló muy cómodo el desembarazarse cuanto antes de un dependiente que se había inutilizado.

Regresaba pues Marcelino a la Habana en calidad de desecho, de despojo arrojado a la playa del olvido por el oleaje de la lucha por la vida, que en todas partes del planeta sostiene la mísera humanidad.

Ni siquiera la piedad que la naturaleza mostrara al quitarle la razón para ahorrarle sufrimientos había sido completa. Por un fenómeno inexplicable para la ciencia, debido sin duda a su admirable constitución orgánica, su locura no era completa, y recobrabá el dominio absoluto de sus facultades en determinados momentos.

Entónces era cuando se sentía víctima del suplicio a que su desgracia lo sometía; y en la lucidez momentánea de su razón apuraba hasta las heces el amargo cáliz de su desventura.

Elvira, la visión de un momento, reaparecía a su vista con todos los radiantes atractivos que tuvo en vida. La veía de tal manera real y tangiblemente, que a pesar de su lucidez, pretendía hablarla, seguirla, estrecharla en su brazos, morir con ella. Y sin embargo, no tenía valor mientras permanecía en el uso de sus facultades, para atentar contra su existencia. En seguida sobrevénía una crisis cuando las fuerzas para resistir tales tormentos le abandonaban, y volvía a quedar loco.

Aconteció al fin que una noche, poco

antes de llegar a la Habana, casi a la vista del puerto, Marcelino, en un largo intervalo de lucidez paseaba por la cubierta del barco, seguido siempre por la incansable observación de la dama de la Cruz Roja, cuando ésta pudo oír distintamente que exclamaba: «espera, Elvira mía allá voy.»

Y acto seguido montó en la barandilla de hierro del barco y echó el cuerpo hacia afuera para tirarse al agua.

Un grito de espanto se escapó de los labios de la dama y a éste, acudieron los marinos, quienes ayudando a la angustiada señora, evitaron un suicidio a todas luces seguro. En efecto, Marcelino se balanceaba ya en el aire, con los pies apenas enredados en la barandilla, cuando un robusto marino le asió, a la vez que exclamaba con la rudeza propia de la gente de mar: ¡Cuidado con bañarse a esta hora buen amigo, que el agua está fría y los tiburones no están de buen humor.

Poco después el barco se acercaba a la hermosa bahía de la Habana.

CAPITULO DECIMO NOVENO.

REGRESO A LA VIDA REAL.

La casa de los señores Martín y Compañía es una de las más antiguas en la Habana, a lo menos, lo era en los días en que se

desarrolló esta verídica historia.

Estaba situada en la calle del Obispo, una de las arterias principales de la antigua ciudad española capital de la perla de las Antillas.

Se había dedicado a la venta de artículos importados de ultramar, primeramente, y después, a la compra de toda clase de productos del país y a la exportación de los mismos: azúcar, pieles, semillas, etc., obteniendo muy buenas utilidades, de suerte que en los veinticinco años corridos que aquella incommovible negociación llevaba de operar, había amasado el señor Martín una bonita fortuna, de la cual no había futuros dueños, porque en su matrimonio Dios no le había dado sucesión.

Era el señor Martín un hombre como de sesenta años, de carácter franco y jovial, bajo de cuerpo, roja y llena la redonda cara, de pidiendo por todas partes su contenta salud, vitalidad y bienestar físico, circunstancias reveladoras de una constitución a prueba de bomba.

A su edad desempeñaba todavía algunas ocupaciones humildes y groseras, como cargar un fardo, el barrido del establecimiento, que muchas veces le encontraban los dependientes haciéndolo, cuando se tardaba un minuto siquiera el mozo encargado de ello. Su natural era afable y bondadoso si bien un poco dado a las bromas originales y de buen género. Todos sus dependientes recordaban la ocurrencia que tuvo con un

compañero perezoso, a quien no tenía valor de despedir y lo hizo que fuera a una comisión que habría de desempeñar a varias leguas de la Habana. En el lugar que se le indicó y a donde llegara todo magullado por el caballo, que nunca montaba, no halló comisión ninguna, sino una carta del propio señor Martín donde le aconsejaba que ya que se encontraba tan a buena distancia, la aprovechara para dejar allá la flojera y regresase a su empleo, suplicándole que de todos modos quedase allí la pereza y no regresase con ella a su casa. La singular manera de amonestarlo, dió el resultado más completo.

La señora su esposa, doña María Gámez de Martín, era la dama más querida y respetada de la sociedad habanera y de la servidumbre toda de la gran casa de comercio. Era alta, esbelta, a pesar de sus cincuenta y un años, de trato afable y sugestivo; su color era un poco moreno, pero sus ojos negros y su fisonomía toda, revelaban una noble cuna y una esmerada educación.

Cuatro días transcurrieron desde que el vapor «Monterrey» desembarcó su pasaje y carga en la Habana, para que Marcelino pudiese ser abandonado por la crisis última, de mayor duración que las anteriores, al decir de la enfermera de la Cruz Roja, que había sido cordialmente detenida en la casa del señor Martín, para que descansase del viaje y procurarle algunas gratas horas, en correspondencia a su abnegación y cuidados por

Marcelino.

Despertaba, pues, éste, la mañana del quinto día, en una alegre recámara fresca y ventilada, en los altos del edificio. Su lucidez por el momento era completa y diremos que no había llegado a tener ninguna desde su arribo.

Su primer mirada en derredor descubrió la presencia de la señora de Martín, cerca de la cama, tejiendo, con sus lentes que relampagueaban en sus arillos brillantes. También ella había alzado su vista que se encontró con la mirada de Marcelino, y al notar que la luz de la razón había vuelto, no pudo menos que dejar escapar una lágrima de ternura, que rodó luciente por su mejilla. Marcelino, a la inversa, sonrió.

Acto seguido, y con un tacto y delicadeza que sólo una mujer tan fina y culta como la señora de Martín podía tener, abordó resueltamente el interrogatorio tremendo de su infortunio, dispuesta a hacerse partícipe de un gran dolor.

—¿Cómo te sientes, hijo mío? insinuó blandamente la señora.

—Mejor, señora, contestó el joven, con voz débil, pero tranquila y firme. He dormido muy bien y ya tengo experiencia de que esto es un buen síntoma; pasaré un buen día. No en vano estoy al lado de usted, que es para mí el último lazo de afecto que me detiene atado a este mundo.

—Cuidado, don Marcelino, estuvo pronto a observar la dama, en un tono fingida-

mente severo. Yo prohíbo que hables más de vida o de muerte, o de marcharse o quedarse en este mundo. Lo que te ha pasado, lo sé, es por extremo grave para que tu espíritu sea traído a la normalidad de la vida en un momento, pero si has de curar pronto, no es por cierto el pensar en la otra vida lo que deberá constituir el mejor remedio, sino por el contrario el olvidar completamente todo—¿lo oyes bien, hijo mío?—todo lo que pueda traer a tu memoria algún recuerdo del drama en que tan tremendo papel has desempeñado. Conozco tu docilidad y no dudo que en obsequio mío, del señor Martín, que tan bien te quiere y del tuyo propio, harás fielmente lo que te aconsejo. Bueno; ahora hablemos de lo presente.

Voy a disponer que te sirvan el desayuno mientras te levantas y en seguida iremos con Rosendo a dar un paseo por las afueras; ya ves el día está hermosísimo y ésto te hará mucho bien. Además, él quiere hablarte de algo importante para lo cual te ha hecho venir de Tampico.